

Editorial

Este comentario editorial tendría que ocuparse de la fragmentación de la política educativa y formativa en cuatro ministerios, establecida por el último gobierno, de la reforma de los planes de estudio auspiciada por el Proceso de Bolonia, y el nuevo panorama que se presenta para la Sociología de la Educación, o de la conversión del profesorado universitario en una legión de personas necesitadas de acreditación académica. Sin embargo, estos y otros temas semejantes tendrán que esperar. Dos profesores muy apreciados por las personas que componemos la Asociación de Sociología de la Educación, han fallecido con escasos días de diferencia. En el mes de junio, la enfermedad acabó con la vida de Gonzalo Anaya Santos, miembro de honor de la ASE, y, en el mes de julio, un fatal accidente segó tempranamente la vida de Eduardo Terrén Lalana, miembro del Consejo Editorial de esta revista. No son pocas las similitudes entre Gonzalo Anaya y Eduardo Terrén. Un sólido fuste teórico y una gran capacidad para la observación y la investigación; una desinteresada disposición a hacer las maletas, si así lo reclamaba el compromiso académico, y en ambos casos, por cierto, recalando en Galicia, y una apertura a cualquier innovación tecnológica que pudiera hacer más comprensible el fenómeno educativo. Y de manera notable, articulando todo esto y dotándolo de sentido, una gran capacidad para sentirse interpelados por los niños y niñas más desfavorecidos, ya fuera el alumnado de las escuelas rurales de Burgos o de la posguerra de Ciudad Real o Santiago, en el caso de Gonzalo Anaya, o la infancia inmigrante, en el caso de Eduardo Terrén. Pudiera ser que la fuente de ambas pasiones educativas no fuera otra que la contemplación de la mirada frágil de los niños y las niñas.

El consejo editorial ejecutivo